

Introducción

Hace algunos años, no muchos, en un congreso reunido en un hermoso y pequeño pueblo de la Patagonia andina, una de las investigadoras invitadas –historiadora, especialista en patrimonio y, en ese momento, funcionaria nacional– comenzó su conferencia inaugural destacando la importancia de la historia patagónica, a pesar de que se trataba de “una historia tan reciente”. Para ella, así lo señaló, la historia de Patagonia comenzó hace algo más de un siglo, cuando los primeros colonos galeses se asentaron en la región.

Cuando terminó su exposición, los rostros de algunos jóvenes historiadores locales se veían bastante enojados. Alguien en el público la corrigió: la historia patagónica comenzó bastante antes, hace al menos unos 13 000 años, cuando los primeros hombres llegaron a la región. Esos hombres eran los ancestros lejanos de nuestros pueblos originarios aunque, al parecer, para nuestra conferencista, esos pueblos estaban “fuera de la historia”. Su afirmación, sin embargo, no era original; como muchas otras, forma parte de un conjunto de lugares comunes frecuentemente repetidos sobre el pasado de las sociedades aborígenes. Tales lugares comunes se reiteran desde hace mucho tiempo, aunque las investigaciones realizadas desde hace varias décadas los contradigan. Este libro se propone mostrar, a través de un acercamiento al pasado indígena, la falsedad de tales afirmaciones.

En efecto, normalmente se piensa que el pasado de los pueblos originarios es corto y que su presencia en el continente es reciente; que esas poblaciones son relativamente homogéneas –“cuando se ha visto a un indio se los ha visto a todos”, proclamaban los hermanos Ulloa en el siglo XVIII–; que se trata de sociedades estáticas, sin cambios apreciables a lo largo del tiempo y, por lo tanto, “sin historia”; que excepto algunos casos especiales, como mayas, incas o aztecas, eran pueblos con una organización económica, social y política muy simple y con una tecnología primitiva. En síntesis, poca antigüedad, homogeneidad cultural y racial, falta de cambios, primitivismo, son habitualmente asociados a los pue-

blos originarios. El acercamiento a su historia nos va a mostrar lo contrario: una antigüedad que se remonta a los momentos finales de la última Edad del Hielo, gran diversidad y heterogeneidad, profundos cambios a lo largo del tiempo, complejidad social y cultural.

Aclaremos desde el comienzo que el libro que presentamos es una obra de historia; quiere brindar al lector la visión de un historiador sobre el pasado de los pueblos originarios que, desde hace milenios, viven en el sur del continente americano, en el territorio que hoy pertenece a la Argentina. Esta afirmación inicial requiere algunas observaciones.

Ante todo, no es común en la Argentina que un historiador escriba sobre los pueblos originarios, especialmente sobre el período anterior a la invasión europea al continente americano durante las primeras décadas del siglo XVI. En general, sea por razones ideológicas o historiográficas, los historiadores consideraron que se trataba de un tema ajeno a la disciplina y a sus intereses académicos, delegando su estudio a otros especialistas. De ese modo, el tratamiento de la problemática aborígen quedó en manos de arqueólogos, etnógrafos y antropólogos sociales y, como consecuencia, los aborígenes fueron los grandes ausentes en el campo de la historia. Esta postura dominó la historiografía argentina desde su formación misma a fines del siglo XIX y, aunque en las dos últimas décadas no pocos historiadores, especialmente jóvenes, incorporaron las cuestiones referidas a las sociedades originarias en el ámbito de sus preocupaciones, son todavía muchos los que siguen atados a las viejas concepciones.

En segundo término, es ésta una obra de síntesis, es decir, busca ofrecer una visión general y unitaria de ese pasado aborígen apoyada en el estado actual de nuestro conocimiento sobre el tema. En este sentido, se diferencia de las obras generales publicadas en los últimos años (véase la bibliografía) que son, independientemente de su calidad, colecciones de trabajos monográficos de carácter regional dedicados fundamentalmente a la época prehispánica, centrados en determinados períodos y escritos fundamentalmente por arqueólogos. Estas obras, interesantes para el investigador o para los estudiantes de la disciplina, suelen ser difíciles de seguir para el lector no especializado que se acerca al tema.

Es justamente a este lector curioso, interesado en el pasado, a quien está dirigido este libro. Aunque sin separarnos de la rigurosidad del conocimiento científico, hemos evitado conscientemente los tecnicismos de la jerga académica, las complejidades del lenguaje científico y los

desbordes de la “erudición” innecesaria. Aunque apoyados en la información brindada por especialistas de reconocido prestigio, la síntesis que ofrecemos es personal, y en muchos aspectos la organización de los contenidos y del relato que presentamos se aleja de los marcos aceptados. Así, en la elaboración de los capítulos hemos abandonado criterios regionales o geográficos para adoptar cortes cronológicos que nos permitieran seguir los grandes procesos históricos. También hemos relegado a un segundo lugar la descripción del material arqueológico y documental –aunque en él se sostenga el relato– para priorizar el análisis de los cambios y continuidades en la organización económica, social, política y cultural de las sociedades involucradas. Al encarar así nuestra reconstrucción del pasado lo hacemos desde una perspectiva historiográfica específica, la de la “historia social”, entendida como una “historia de sociedades”, en el sentido en que lo planteaba hace ya años el conocido historiador inglés Eric Hobsbawm.

Como historiadores, necesitamos ante todo definir el tiempo y el espacio en los que transcurrió la historia que pretendemos narrar. El inicio no es difícil de determinar pues corresponde al momento en que llegaron al territorio los primeros hombres o, para ser más precisos, al momento en que tenemos los primeros indicios seguros de su presencia. Cronológicamente, ese arribo se produjo, en términos aproximados, hace al menos unos 13 000 años en el caso de la Patagonia argentino-chilena, de donde provienen los datos más antiguos. Esa cifra es estimativa, pues se apoya en fechados radiocarbónicos (C^{14}) (véase texto en capítulo 1) y es probable que ya hubiera pequeños grupos humanos algún tiempo antes.

El final es, en cambio, una decisión del autor y corresponde aproximadamente al año 1910, momento en que la República Argentina celebraba el Centenario de la Revolución de Mayo. Era también el momento en que el flamante estado nacional argentino completaba la ocupación militar de los últimos territorios que se encontraban en poder de comunidades aborígenes independientes y afirmaba su presencia en aquellos otros incorporados en las décadas anteriores. A partir de entonces, el destino de las comunidades originarias que sobrevivieron cambió bruscamente: incorporadas al estado nacional como minorías étnicas marginadas, debieron iniciar una dura lucha por su supervivencia.

El espacio en el que nos moveremos en esa historia de muchos milenios tiene límites poco precisos. Corresponde, en grandes líneas, al es-

pacio sudamericano situado al sur del paralelo de los 15° de latitud sur, con centro en el territorio actual de la Argentina. Pero debemos tener en cuenta que la Argentina, como estado-nación, apenas se remonta a mediados del siglo XIX, y que las zonas de ocupación europea recién se habían empezado a definir a fines del siglo XVI. Por su carácter nacionalista, la historiografía argentina –también la de los países vecinos– proyectó hacia el pasado los límites contemporáneos, creando así una unidad geográfica permanente y atemporal llamada Argentina, y otorgó el carácter de “argentino” a todo lo que se encontrara en ese espacio. Así, es frecuente oír hablar de “indígenas argentinos” para referirse a poblaciones que vivían allí mucho antes de que el estado argentino fuera siquiera un proyecto político. Lo mismo ocurrió con las jurisdicciones políticas provinciales.

Por ese motivo, no podremos circunscribirnos al territorio actual de la Argentina y deberemos mirar permanentemente a territorios que, actualmente, pertenecen a otros estados, como Chile, Bolivia, Paraguay, Brasil y Uruguay. Los actuales límites no existían como tales. La cordillera de los Andes, por ejemplo, que hoy marca la separación entre Argentina y Chile, era entonces un espacio de circulación y un punto de encuentro entre poblaciones que aprovechaban los boquetes y pasos cordilleranos para transitar. Debe pues entenderse que, cuando en el texto nos referimos a jurisdicciones políticas actuales –nacionales o provinciales–, lo hacemos sólo para facilitar al lector la ubicación en el espacio.

Ese espacio es geográfica y ecológicamente heterogéneo. Relieve, clima, suelo y recursos se distribuyen desigualmente y cambian a veces en distancias muy cortas. Al oeste dominan las alturas, la cordillera y las montañas; al este, los planos, las llanuras y las planicies, las grandes cuencas fluviales. Aunque dominan los climas templados, hay grandes contrastes entre el norte y el noreste subtropical y la franja fría del sur, entre las zonas lluviosas y los desiertos. Además, ese espacio sufrió profundos cambios a lo largo de los milenios en que transcurre nuestra historia.

Otro problema no menos serio para el historiador es el de las fuentes. A diferencia de otros científicos, él no puede tener ante sí los hechos que estudia, no puede ser observador. Sólo posee los restos que han quedado de ese pasado, sean restos materiales, representaciones de distinto tipo, textos escritos, etc. Cada uno de ellos muestra algo de la vida de los hombres y de la sociedad que los produjeron. Pero sólo una parte. Muchos aspectos de la vida no dejaron testimonio alguno,

o los testimonios que dejaron se perdieron. Esos testimonios, datos o indicios, como los llama Carlo Ginzburg, constituyen la materia prima con que trabaja el historiador. A él corresponde interpretarlos, conectarlos y darles sentido; el conocimiento que adquiera dependerá de las preguntas que les haga y de las hipótesis que formule. En suma, la historia –toda historia– es, en tanto narración, una construcción del historiador.

El tema de las fuentes no es aquí simple. Para toda la etapa prehispánica disponemos sólo de testimonios arqueológicos, es decir, de restos materiales –objetos, utensilios, herramientas, edificios, tumbas, desechos de la vida cotidiana, etc.–, pues las poblaciones originarias de la región no utilizaron la escritura. Los restos arqueológicos pueden brindar al historiador información muy rica sobre la tecnología y la economía, sobre muchos aspectos de la vida cotidiana e incluso sobre aspectos estéticos y simbólicos. También permiten inferir cuestiones referidas a la organización social, al sistema político o al mundo de las creencias. Sin embargo, muchas cuestiones quedan en la penumbra pues los restos materiales sólo representan algunos aspectos de la vida social, únicamente una pequeña parte de ellos se ha conservado y las inferencias que podemos extraer suelen ser demasiado generales. También puede ocurrir, por supuesto, que no hayamos sabido interpretarlos o formular las preguntas adecuadas.

Por otra parte, la investigación arqueológica esta condicionada –como en general toda la investigación científica– por el contexto económico y sociopolítico en que se desarrolla, así como por el contexto de ideas y teorías que la rodean. Una consecuencia de ese contexto general es el desarrollo desigual de la investigación, más intensa para algunas regiones y períodos, casi inexistente en otros casos. Tales desigualdades se verán reflejadas sin duda en el texto, que depende fundamentalmente del material aportado por los arqueólogos. Así, conocemos con mayor profundidad el pasado de los pueblos originarios de la Patagonia –en particular sus etapas más tempranas–, del oriente de la llanura pampeana y del noroeste –en especial las últimas etapas–. En el otro extremo, casi nada sabemos de la región chaqueña antes de la invasión europea.

A partir de la conquista comenzamos a disponer de documentos escritos. Tales textos fueron producidos por los europeos –luego por criollos– y, en el mejor de los casos, datan de comienzos de la etapa colonial. Es cierto que a veces recogen tradiciones más antiguas y arrojan alguna luz sobre la vida de las sociedades aborígenes en los momentos

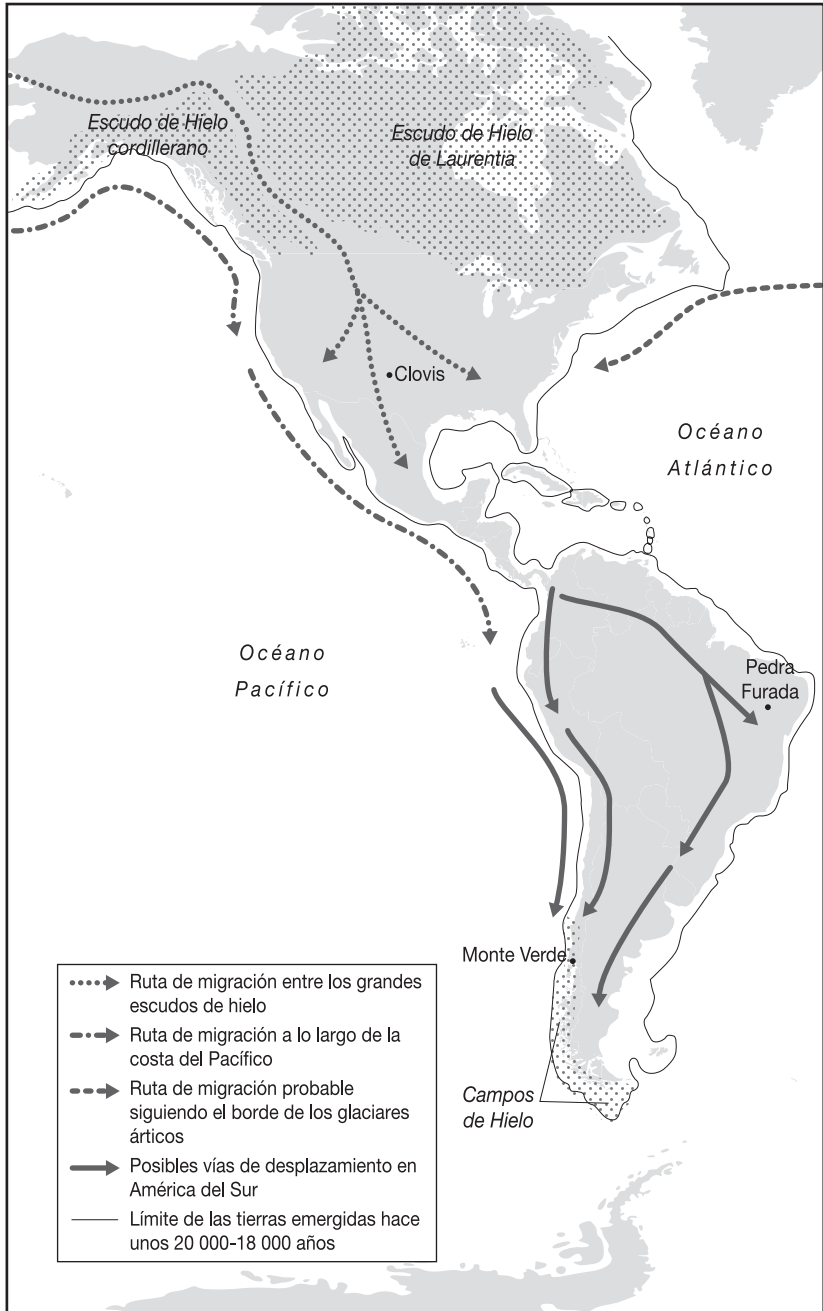
previos, pero es apenas un momento fugaz en una historia de muchos milenios. El uso de tales documentos –relatos y crónicas de exploradores y conquistadores, narraciones de viajeros, ensayos y estudios de funcionarios y misioneros, documentación administrativa, judicial y religiosa– presenta, por otra parte, dificultades serias. En efecto, viajeros, conquistadores, funcionarios y misioneros se limitaron, en general, a transcribir sus impresiones y en ellas la visión de los “otros” aparece deformada por prejuicios, ambiciones, intereses, temores o, simplemente, incomprensión. Sólo un trabajo crítico profundo permite recuperar información valiosa para la construcción de una historia de los pueblos originarios.

Por todo ello, nuestro conocimiento actual tiene carácter provisional y está sujeto siempre a revisión. Nuevos datos o nuevas teorías pueden cambiar afirmaciones que hoy nos parecen sólidas. Recordemos, como ya dijimos, que nuestro conocimiento del pasado está permanentemente en construcción, y que esa construcción resulta de la lectura que, en cada momento, hagamos de los datos y testimonios que tenemos de ese pasado. La omnipotencia de algunos autoproclamados historiadores al pretender poseer la “historia verdadera” frente a una “historia falsa o falseada” –la que hacen los demás– no es sino una demostración de autoritarismo. Desde un punto de vista científico, esa posición resulta demasiado ingenua y simplista, y no siempre bien intencionada.

Una obra de síntesis como la que ofrecemos sólo es posible por el esfuerzo previo de muchos investigadores provenientes de distintas disciplinas –en especial de arqueólogos, historiadores y antropólogos– que, con su trabajo, nos han brindado los materiales esenciales para construir esta historia de los pueblos originarios. Por eso, a todos ellos –sería imposible nombrar a cada uno– debemos expresar nuestro reconocimiento. Sin embargo, no puedo dejar de expresar mi agradecimiento particular a quienes han colaborado de muchas maneras con esta obra: a aquellos con quienes he conversado o discutido muchos aspectos de mi trabajo, que me han orientado en muchos temas o problemas, que generosamente me han facilitado materiales difíciles de conseguir, incluidos trabajos inéditos, o me han alentado en el trabajo a realizar: a Cristina Bayón, Mónica Berón, Guillaume Boccara, Nora Flegenheimer, Raúl Fradkin, Jorge Gelman, Christophe Giudicelli, Julieta Gómez Otero, Juan Francisco Jiménez, Marcelo Lagos, Erick Langer, Diana

Mazzanti, José A. Pérez Gollán, Gustavo Politis, Miriam Tarragó, Alicia Tapia, Gladys Varela, Daniel Villar y David Weber.

No puedo dejar de agradecer a mis discípulos y colaboradores en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Marcelino Iriani, Sara Ortelli y Carlos Paz, así como a los estudiantes que participaron en los talleres de doctorado que dicté en la misma universidad, particularmente a Débora Finkelstein, Marcelo Gavirati, Claudia Gotta, Carla Manara, Laura Méndez, Julio Vezub. Un especial reconocimiento debo a Alberto Rex González, quien hace ya años orientó mis primeros pasos en el estudio de los pueblos originarios americanos. Este trabajo hubiera sido imposible sin el respaldo económico de un subsidio de la Fundación Antorchas, que financió los gastos iniciales del proyecto; también conté para su realización con una licencia sabática que me otorgó la Universidad Nacional del Centro. Agradezco además la amabilidad del personal de la biblioteca del Museo Etnográfico de Buenos Aires, así como la confianza de Luis Alberto Romero y de Siglo XXI Editores de Argentina al aceptar una obra que estaba todavía en proyecto. Por último, este libro está dedicado a Susana Bianchi, cuyo apoyo, aliento y paciencia fueron fundamentales para su realización.



El poblamiento del continente americano

1. Los primeros americanos

El poblamiento del continente

¿Quiénes fueron los primeros americanos? ¿Cómo eran? ¿De dónde y cuándo llegaron y cómo consiguieron hacerlo? ¿Cuál era su modo de vida? Éstas son algunas de las preguntas que científicos y legos han venido formulando a lo largo del tiempo, hasta la actualidad. La búsqueda de una respuesta apasiona hoy a los investigadores tanto como apasionaba a los estudiosos y eruditos varios siglos atrás. La historia de los interrogantes acerca del origen de las poblaciones americanas se remonta a las primeras décadas posteriores a la llegada de los europeos a tierras americanas, a fines del siglo XV.

Uno de los temas que más acalorados debates provoca entre los estudiosos del pasado americano es el del poblamiento original del continente, incluidas las tierras que hoy constituyen el territorio argentino. En las últimas dos décadas, los hallazgos de restos de los más antiguos pobladores se han multiplicado, y se han perfeccionado los métodos y las técnicas de investigación. Sin embargo, más allá de algunos acuerdos sobre cuestiones generales, los debates y las discrepancias entre los especialistas parecen haberse profundizado. Las dudas persisten o se han acrecentado, en especial en aspectos referidos a la antigüedad y al carácter del primer poblamiento. Pese a eso, establecer las características de los procesos generales del poblamiento del continente resulta esencial para comprender el carácter de los primeros grupos humanos que, milenios atrás, se asentaron en la mitad meridional de América del Sur. ¿Qué sabemos acerca de esos primeros americanos?

El origen del problema

Los viajes de los primeros navegantes a través del Atlántico, empezando por los de Cristóbal Colón, plantearon profundos interrogantes a los eu-

ropeos: un mundo desconocido se alzaba ante ellos, el universo se ampliaba más allá de los límites supuestos por la imaginación medieval. La cuestión de mayor importancia era, sin duda, definir y comprender a los habitantes de estas tierras, a los que Colón, creyendo haber llegado a las Indias, les dio la denominación que perdura hasta hoy. Este tema tomó particular relieve cuando, adquirida la conciencia de hallarse ante un mundo nuevo y a medida que conocían mejor el continente, los conquistadores observaron con asombro costumbres y formas de vida muy distintas de las suyas y se interrogaron acerca de las características y la naturaleza de estos pobladores, es decir, acerca de su humanidad.

Ese interés no era sólo producto de la curiosidad ni respondía exclusivamente a motivaciones académicas o filosóficas. Lo que se discutía en los círculos letrados, intelectuales y religiosos europeos era el problema de la humanidad de los pobladores de las tierras descubiertas, pero la polémica tenía que ver, en buena medida, con cuestiones más prácticas, pues lo que se ponía en juego era la legitimidad de reducir a esclavitud a los habitantes del continente, como se hacía con las poblaciones negras de África. Quienes se oponían a la esclavitud de las poblaciones americanas debían demostrar la “humanidad” de los nativos; para eso, el problema de los orígenes de estas comunidades resultaba crucial. Finalmente, los debates fueron zanjados por una bula papal emitida en 1537, que reconocía la humanidad de los indios aunque asimilándolos a la condición de menores cuya tutela tenía que ser asumida por la monarquía castellana en cuestiones terrenales y por la Iglesia en las espirituales.

Más allá de esta definición, el interés por conocer el origen de los primeros pobladores no decayó y, con el tiempo, los escritos sobre el tema se acumularon. Esos primeros intentos de explicación establecieron algunas cuestiones básicas en las que coincidieron incluso las hipótesis más fantasiosas formuladas hasta mediados del siglo XIX. Las respuestas fueron buscadas en los textos bíblicos, dada la autoridad de estas fuentes en ese contexto. Basándose en la concepción de la unidad de la especie humana –todos los hombres descendían de un único predecesor, Adán, producto de un acto de creación divina original–, se buscaron en las distintas genealogías de la Biblia relaciones que permitieran vincular a los americanos con alguno de los pueblos mencionados en el Antiguo Testamento. Hacerlo también implicaba demostrar su humanidad. Con algunas variantes, adhirieron a esta explicación personalidades de la talla de fray Bartolomé de las Casas, fray Diego Durán y fray Gregorio García, entre otros.

Carentes de base empírica, estas explicaciones coincidían en ciertos presupuestos esenciales. Todas ellas postulaban un origen único para el

hombre –tal como lo establecía el texto bíblico– y, en consecuencia, entendían que éste había llegado a América desde el Viejo Mundo en una época no muy lejana, pues las cronologías derivadas de la Biblia establecían la creación del hombre entre 5000 y 6000 años atrás. Además, todas trataban de encontrar vinculaciones con pueblos conocidos del Viejo Mundo a partir de supuestas semejanzas, tanto biomorfológicas como culturales o lingüísticas. En la actualidad, esas comparaciones, basadas en un conocimiento parcial e insuficiente de las fuentes y de los hechos, no resisten una ajustada crítica científica. Por eso llama la atención la persistencia de explicaciones que retoman los aspectos esenciales de esas viejas formulaciones. No son ya hebreos o fenicios los elegidos para explicar el poblamiento de nuestro continente, pero no se ha descartado a los egipcios e, incluso, alentados por la televisión y por ciertas publicaciones... ¡a los extraterrestres!

La búsqueda de explicaciones de carácter científico se inició en la segunda mitad del siglo XIX, alentada por el auge de las ciencias naturales y el desarrollo de las doctrinas evolucionistas. Las anteriores formulaciones, sometidas a una profunda crítica, no pudieron resistir el embate. El género *Homo*, al que pertenecemos, fue considerado entonces el resultado de un largo proceso evolutivo y se empezó a pensar en la posibilidad de una presencia muy antigua del hombre en el continente americano. Algunos estudiosos de la época aceptaron, incluso, la posibilidad de un desarrollo evolutivo autónomo.

A comienzos del siglo XX, algunas de estas formulaciones fueron a su vez sometidas a crítica y, aunque las nuevas propuestas retomaron supuestos anteriores, buscaron fundamentarlos con información arqueológica y paleontológica más sólida. Fue el antropólogo Alex Hrdlicka quien, en los Estados Unidos, formuló de forma más acabada estas nuevas ideas. Se sostuvo entonces que, proveniente de Asia y ya finalizada la llamada Edad del Hielo, esto es, en el período Holoceno o actual, el hombre había entrado en América por el estrecho de Bering en varias oleadas migratorias. Según Hrdlicka, esos migrantes, emparentados biológicamente con las poblaciones mongoloides asiáticas, eran cazadores con una cultura material esencialmente paleolítica. El desarrollo posterior, que llevó a la creación de complejas y refinadas culturas, fue un proceso local, específicamente americano, sin aportes exógenos.

Estas ideas, parcialmente modificadas luego por los avances de la investigación arqueológica, se encuentran en la base de lo que constituyó, durante la segunda mitad del siglo XX en la antropología estadounidense, la postura hegemónica sobre el poblamiento americano, conocida en los



El Cuaternario

A lo largo de los millones de años transcurridos desde su formación, nuestro planeta sufrió tremendos cambios y transformaciones, que afectaron tanto el medio físico como las formas vivientes. Los naturalistas y geólogos dividen esa larguísima historia de la Tierra en una serie de etapas o “eras”, asociando a cada una de ellas procesos geológicos, climáticos y biológicos específicos. La última de esas eras recibe el nombre de Cuaternario y se caracteriza, en lo biológico, por la presencia del género *Homo*, del cual nuestra especie, el *Homo sapiens sapiens*, forma parte. El Cuaternario, cuyos comienzos se remontan a cerca de dos millones de años, ha sido dividido en dos períodos. El primero, mucho más extenso, recibe el nombre de Pleistoceno y terminó hace unos 10 000 años (8000 a. C.). La característica del Pleistoceno es la presencia de períodos de intenso frío –glaciaciones– que alternan con momentos más templados o interglaciares. Durante los períodos glaciares, grandes extensiones de hielo cubrieron partes importantes de las masas continentales mientras descendía el nivel de los mares y océanos. Por ese fenómeno se conoce también al Pleistoceno como la “Edad del Hielo”. El segundo período, más reciente y corto, es el llamado Holoceno, que se prolonga hasta nuestros días. Su comienzo, hace unos 10 000 años, coincide con el final de las grandes glaciaciones del Pleistoceno. Durante el Holoceno disminuye el frío, se reducen las masas glaciares y crece el nivel de los océanos, hasta alcanzar características similares a las actuales. Con el cambio de las condiciones que habían definido al Pleistoceno, se produjo también la extinción de muchas especies adaptadas a ese mundo más frío y húmedo, particularmente algunos grandes mamíferos herbívoros. Debe destacarse que, aunque los especialistas fijan la fecha de 10 000 años A.P. (antes del presente) para el fin del Pleistoceno, el paso de un período al otro fue un proceso lento que se desarrolló a lo largo de varios milenios. ▀

medios científicos como la “hipótesis Clovis”. La cultura Clovis tomó su nombre del sitio homónimo en el estado de Nuevo México, donde entre 1932 y 1937 se realizaron los primeros hallazgos de unas puntas de proyectil características –también llamadas “clovis”–, asociadas de modo indiscutible a huesos de mamut. Apoyada en hallazgos incuestionables realizados en los Estados Unidos en su mayoría, respaldada en numerosos fechados de Carbono 14 –técnica descubierta a mediados del siglo XX que revolucionó la cronología arqueológica–, y avalada por la auto-


ridad de investigadores destacados, la hipótesis Clovis pareció, finalmente, haber logrado la clave para una explicación científica definitiva del poblamiento originario del continente americano.



El Carbono 14

Desarrollado en los Estados Unidos hacia 1950 por Williard Libby, la datación por medio del Carbono 14 (C^{14}) tuvo rápida difusión y proporcionó a los arqueólogos un método relativamente confiable para establecer una cronología absoluta. El C^{14} es un isótopo radiactivo que se encuentra en todos los seres vivos, que lo obtienen por intercambios con el medio. La proporción de C^{14} en los seres vivos se mantiene constante, pero al morir el organismo cesan los intercambios con el ambiente y el C^{14} comienza a degradarse hasta desaparecer. Esa desintegración mantiene cierta constante, lo que permite, sabiendo la proporción de C^{14} presente en un resto orgánico, determinar el tiempo transcurrido desde su muerte.

En la práctica no es tan simple. Debemos tener en cuenta que las cifras proporcionadas no se refieren a fechas (en términos calendáricos) sino a años radiocarbónicos, o sea, a tiempos derivados de la desintegración de ese isótopo. Ese tiempo se fija en 5568 años para la desintegración de la mitad de la concentración inicial. Se necesitan otros 5568 para la desintegración de la mitad del resto, y así sucesivamente. Además, como las cantidades de C^{14} son muy pequeñas, las determinaciones son siempre aproximadas y no señalan un momento preciso sino un período expresado en años antes del presente (A.P.). Por "presente" se toma el año 1950. Así, cuando leemos que un resto se fecha en 8550 ± 150 años A.P. significa que pertenece a un ser vivo que murió en algún momento entre 8700 y 8400 (8550 es el punto medio) años radiocarbónicos antes de 1950. Por otra parte, debe tenerse la certeza de que la muestra no ha sido contaminada, lo que podría alterar el contenido de C^{14} , y estar seguros de las asociaciones entre la muestra fechada y los demás restos o episodios que se quieren fechar.

Para solucionar el problema de la diferencia entre fechas calendáricas y radiocarbónicas, estas últimas suelen calibrarse vinculándolas a series de fechas obtenidas del análisis de los anillos de los árboles (*dedrocronología*) realizado en el hemisferio norte. En general, las fechas calibradas en años de nuestro calendario resultan algo más antiguas que las radiocarbónicas. 

La “hipótesis Clovis”: América para los americanos

En términos generales, la hipótesis Clovis postula una fecha máxima de entre 12 000 y 13 000 años A.P., coincidente con el final del Pleistoceno, para el inicio del poblamiento del continente. Por cierto, las fechas propuestas por Hrdlicka para la antigüedad del poblamiento habían sido abandonadas porque, desde la década de 1920, un creciente número de hallazgos había venido demostrando, más allá de cualquier duda, la contemporaneidad de los hombres con animales extinguidos al finalizar la Edad del Hielo. Entre tales hallazgos, realizados principalmente en las llanuras y planicies centrales de los Estados Unidos, se destacaban algunos restos óseos de animales extintos que tenían aún clavadas bellas puntas de piedra tallada.

A partir de la década de 1950, numerosos fechados radiocarbónicos confirmaron la edad de esos restos, asignándoles una antigüedad de 12 000 años A.P. Los hallazgos –no se conocían entonces en el continente otros tan seguros y bien fechados– fueron atribuidos a una cultura de cazadores especializados en la captura de grandes mamíferos a quienes pronto se identificó con el nombre de Clovis, como antes referimos. Resistidos al principio, esos descubrimientos fueron finalmente aceptados por la comunidad científica y constituyeron la base de la mencionada hipótesis Clovis, a la cual adhirió un nutrido grupo de investigadores estadounidenses.

No obstante, esa hipótesis iba mucho más allá, pues no se trataba sólo de fijar una fecha inicial para el poblamiento del continente. Sus seguidores se proponían brindar un coherente modelo científico de todo el proceso del poblamiento, y sostenían que no existían pruebas irrefutables para afirmar que fuera anterior a Clovis, a la cual consideraban la primera cultura americana. Los portadores de las puntas de proyectil Clovis fueron definidos como cazadores altamente especializados, dedicados a la matanza de grandes herbívoros. Las posibilidades de alimento que les brindaban las praderas centrales de los actuales Estados Unidos, con una abundante y variada fauna, en la que se destacaban especies de gran tamaño –mamut, mastodonte, formas hoy extinguidas de bisontes y caballos–, permitieron el rápido crecimiento demográfico de esos primeros cazadores. Gracias a eso, iniciaron una migración exitosa y veloz que los llevó, en unos pocos siglos, hasta el extremo meridional del continente americano. Científicamente, se trataba entonces de demostrar, incluso mediante modelos computarizados, que esa acelerada marcha de miles de kilómetros atrave-

sando diversos medioambientes, desde las forestas tropicales hasta las altas tierras andinas, había sido posible.



Las puntas Clovis

Las puntas Clovis tomaron su nombre del sitio donde fueron inicialmente identificadas, en el estado de Nuevo México. Alcanzaron gran difusión en las planicies y llanuras centrales de América del Norte. Tienen forma lanceolada y su dimensión oscila entre 7 y 15 centímetros de largo. Se destacan porque sobre sus caras y a partir de la base se ha practicado una acanaladura que, seguramente, sirvió para unir las a un mango o astil.



Restos óseos de mamut asociados a puntas Clovis, hallados en Naco, Nuevo México, Estados Unidos.

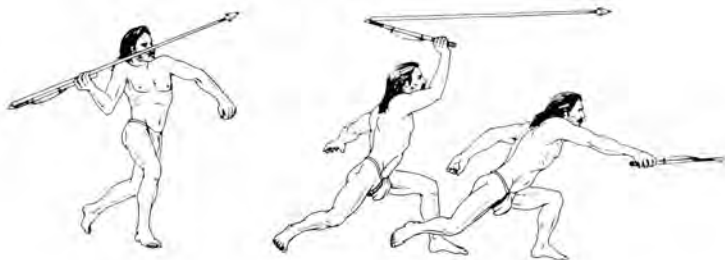
Para arrojarlas debió usarse una lanzadera, artefacto que permitía dar más fuerza, velocidad y alcance al proyectil. Como se ve en la ilustración, con frecuencia las puntas Clovis fueron encontradas en asociación con restos de grandes mamíferos hoy extinguidos. Este hecho sirvió para definir a sus portadores como cazadores especializados en la captura de megafauna. ▀

Pese a su amplia aceptación, la hipótesis Clovis no dejó de despertar críticas, pues existían algunos sitios arqueológicos que no encajaban en el modelo. Tales sitios –y quienes los habían investigado– fueron duramente desacreditados por buena parte de la comunidad científica, pues se argüía que habían sido mal excavados, que las muestras de los fechados estaban mal tomadas o contaminadas, que los artefactos no eran tales, que no eran seguras las asociaciones entre los fechados y los materiales hallados, entre otros argumentos. Esas críticas, acertadas en muchos casos, sin embargo no siempre eran justas; detrás de ellas había cuestiones vinculadas más a la política y la ideología que a la ciencia. Para muchos arqueólogos estadounidenses, la hipótesis Clovis se había transformado en el ícono de la expansión de la más temprana cultura norteamericana, un equivalente, en la Edad del Hielo, a la “difusión contemporánea de la Coca Cola”. Además, como los hallazgos más significativos que cuestionaban la hipótesis Clovis provenían de sitios de América del Sur, lo que se ponía en duda era el rigor científico de los arqueólogos latinoamericanos y europeos que habían trabajado en ellos.



El propulsor o lanzadera

El propulsor, o lanzadera, es un artefacto formado por una vara o tabla de madera, o una caña, con un gancho de piedra o hueso en la parte posterior donde se encajaba el dardo.



El propulsor se sostenía con la mano –los dedos pulgar e índice sujetaban el dardo– y constituía una suerte de prolongación del brazo. Se arrojaba el dardo mediante un movimiento amplio del brazo –similar al de arrojar una piedra–, que imprimía al tiro mayor fuerza, velocidad y alcance. ▀

De hecho, el único de los sitios cuestionados que finalmente fue aceptado, en 1997, en los círculos estadounidenses, fue Monte Verde, en el litoral chileno, cuya excavación fue dirigida por Thomas Dillehay. Aunque Dillehay no compartía la hipótesis Clovis, al fin y al cabo era estadounidense. La excavación de Monte Verde, realizada con toda minuciosidad por un equipo multidisciplinario, demandó largos períodos de trabajo de campo; sus resultados fueron expuestos en dos voluminosas y exhaustivas publicaciones –la primera editada en 1989, la segunda en 1997– dignas sin duda de ese complejo sitio. En 1997, Monte Verde fue visitado por una comisión de especialistas entre los que se encontraban algunos de los investigadores más escépticos. En un acto paternalista, éstos dieron su aprobación a los trabajos realizados.

El reconocimiento del sitio de Monte Verde –más allá de ciertas dudas que aún persisten– abrió enormes posibilidades a las investigaciones sobre el poblamiento temprano de América. Por un lado, forzó a los defensores más radicales de la hipótesis Clovis a reconsiderar su teoría sobre la antigüedad del arribo del hombre a América, que ahora podía remontarse algunos milenios hacia atrás. Por otro lado, más importante aún, abría el camino para revisar la actitud asumida hacia otros sitios que reclamaban similar antigüedad y obligaba a no descartar a priori, en el futuro, todo hallazgo que la reclamara, dado que sería absurdo pensar que los pobladores de Monte Verde eran los únicos seres humanos que habitaban el continente antes de 12 000 años atrás, pues las últimas dataciones remontan la antigüedad de los restos de Monte Verde a cerca de 14 000 años. Tales sitios existían, y algunos de ellos se ubican en los territorios meridionales de América de Sur pertenecientes hoy a la Argentina y a Chile.

El poblamiento del continente americano

Hoy quedan pocas dudas de que los primeros pobladores llegaron a América desde el extremo oriental de Siberia, atravesando el estrecho de Bering. Cuando esos primeros grupos humanos ingresaron al territorio americano, el clima en todo el mundo era mucho más frío y húmedo que el actual: se producía el último avance glacial del Pleistoceno y gran cantidad de agua quedaba retenida en los hielos continentales, lo que hizo descender el nivel de los mares alrededor de 130 metros. Como consecuencia, durante largos períodos, una planicie libre de glaciares, de 500 kilómetros en el sentido este-oeste y 2000 kilómetros en

el norte-sur, unía Alaska con Siberia oriental, formando un verdadero puente terrestre entre ambos continentes.

Ese puente, conocido como Beringia, alcanzó su máxima extensión 50 000 años atrás; para el 20 000 A.P., tenía una superficie de un millón de kilómetros cuadrados. Se presentaba como una tundra cubierta de musgos, líquenes y juncos que albergaba abundantes animales: mamuts, caballos, bisontes y caribús; era un ambiente que brindaba amplios recursos para la vida de los cazadores-recolectores que se movían siguiendo las migraciones de esos animales. Con los datos que hoy manejamos, es posible establecer los comienzos de esa entrada entre 18 000 y 20 000 años atrás, aproximadamente.

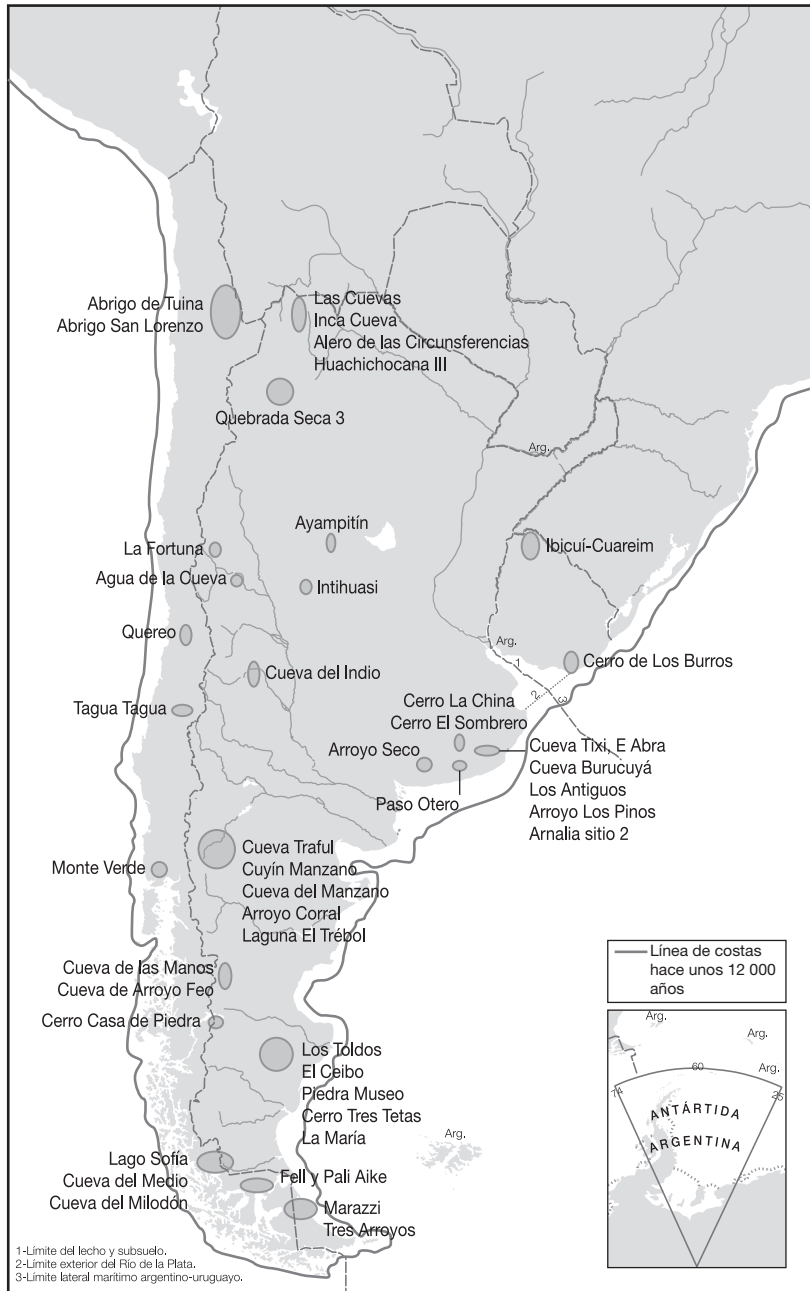
También se han propuesto otras vías de entrada de grupos humanos al continente. Hace algunos años se habló de migraciones a través del Océano Pacífico e incluso se supuso, aunque con escasos y pobres testimonios, un movimiento de gente desde Australia cruzando partes de la Antártida. Recientemente, a partir de similitudes entre algunos instrumentos del noreste de América y los de la industria solutrense del sudoeste de Europa –desaparecida hace unos 19 000 años–, antropólogos estadounidenses plantearon –sin descartar la vía de Bering– la posibilidad de que grupos provenientes de Europa sudoccidental hayan atravesado el Atlántico siguiendo el borde sur de la masa glaciaria, que cubría extensas porciones de los territorios septentrionales de ambos continentes. Argumentan que los cazadores solutrenses parecen haber estado muy bien equipados para hacer frente a las bajísimas temperaturas de esas altas latitudes. Sin embargo, aún falta encontrar pruebas sólidas que la avalen.

El desplazamiento de esos cazadores hacia el sur del continente parece haber seguido más de una vía. Desde Bering debieron alcanzar primero las estepas herbáceas que se extendían en el centro de América del Norte, donde el clima era más benigno y abundaban los grandes herbívoros. Hicieron ese camino siguiendo el corredor terrestre que, al este de la cordillera de las Rocallosas, unía el interior de Alaska con las estepas centrales. Ese corredor, que separaba los glaciares de la cordillera de las Rocallosas del gran casquete helado que cubría la mayor parte de las tierras del actual Canadá, estuvo libre de hielos durante algunos momentos del Pleistoceno, cuando las condiciones eran menos frías. Pero ese camino no era fácil de seguir y sólo estaba disponible en algunos momentos. Por tanto, otros investigadores propusieron como alternativa la costa del Pacífico de América del Norte que, al parecer, estuvo libre de hielo. Además, como las aguas se habían retirado, debió

haberse formado una franja costera transitable para esos cazadores capaces de aprovechar recursos marinos. A fines del Pleistoceno, las aguas volvieron a cubrir esas tierras, ocultando los restos que pudieron haber dejado las poblaciones a su paso.

Al mismo tiempo que algunos grupos se expandían por las estepas y praderas de América del Norte, otros debieron seguir camino hacia el sur recorriendo América Central hasta alcanzar el territorio sudamericano. Quedan huellas de ese paso temprano en el actual territorio mexicano; en cambio, faltan en las tierras centroamericanas. Ya en América del Sur, los distintos grupos parecen haberse dividido: unos habrían seguido su marcha por el corredor andino; hay testimonios de este desplazamiento en Colombia, Perú y Chile. Otros, en cambio, debieron desplazarse hacia el este y el sur, moviéndose por las costas colombianas y venezolanas del Caribe hasta alcanzar las actuales Guayanas y las tierras nororientales del Brasil, donde su paso quedó testimoniado en un conjunto de abrigos rocosos de la región a los cuales, como en el caso de Pedra Furada, se ha atribuido una antigüedad comparable a la de Monte Verde. Las condiciones ambientales del actual territorio brasileño eran entonces muy distintas y favorecían el movimiento de esas pequeñas comunidades: el clima era menos caluroso y húmedo, las selvas se habían reducido en superficie y su lugar era ocupado por praderas y sabanas abiertas. Al parecer, éste fue el camino elegido por los grupos que alcanzaron el extremo sur del continente, pues los que avanzaban por la zona andina deben haberse visto detenidos por los glaciares que cubrían los Andes patagónicos.

Es claro entonces que el avance fue lento y de ninguna manera lineal. Ese movimiento debió enfrentar retrocesos, desvíos e intentos fallidos. No era fácil asentarse en cualquier parte, y durante ese larguísimo trayecto los pequeños grupos de cazadores recolectores debieron buscar los lugares más aptos para sobrevivir, adaptarse a diferentes condiciones ambientales y aprender a utilizar distintos recursos. No sabemos si todos lo lograron; aquellos que finalmente alcanzaron las tierras meridionales del continente habían acumulado, sin duda, una larga experiencia y enormes conocimientos.



**Principales sitios para fines del Pleistoceno
 y comienzos del Holoceno (12 000 a 8000 A.P.)**